
Descenso al caos: EEUU y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central de Ahmed Rashid
Afghanistan's Political Stability: A Dream Unrealised de Ahmad Shayeq Qassem 181
Nuria del Viso

Conversaciones con Edward Said de Tariq Ali 183
Mabel González Bustelo

DESCENSO AL CAOS: EEUU Y EL FRACASO DE LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL EN PAKISTÁN, AFGANISTÁN Y ASIA CENTRAL

Ahmed Rashid

Península, Barcelona, 2009

656 páginas

AFGHANISTAN'S POLITICAL STABILITY: A DREAM UNREALISED

Ahmad Shayeq Qassem

Ashgate Publishing Co., Farnham, 2009

216 páginas

Aunque con un carácter muy distinto, los dos libros reseñados tienen la cualidad de encajar nítidamente para ilustrar el puzzle afgano-pakistaní, las condiciones históricamente larvadas en esta complicada región del mundo y cómo a partir de la intervención de EE UU en el otoño de 2001 se han multiplicado las dificultades y se han agudizado fracturas anteriores, añadiendo algunas otras.

¿Por qué la inestabilidad ha estado presente de forma casi permanente en el último siglo y medio de la historia de Afganistán, cuando empieza a recibir la influencia colonial? A partir de esta pregunta, el diplomático y académico afgano Ahmad Shayeq Qassem plantea una sugerente hipótesis: la naturaleza de las relaciones del país con sus vecinos de Asia Central y el sur de Asia -que han oscilan entre la amistad y la tensión y raramente ha mantenido buenas relaciones con ambas regiones a la vez-, constituye un factor determinante en el eje estabilidad-inestabilidad; esto, combinado con factores endógenos y estructurales propios, ha dado como resultado una historia convulsa. Qassem argumenta que la miopía de los sucesivos gobiernos afganos para identificar esta relación sinérgica y su incapacidad para aportar un enfoque integral está en la raíz de la permanente inestabilidad de Afganistán.

A partir de esta premisa, y después de analizar el concepto de estabilidad política, el autor traza en su primer libro un recorrido por la historia del país atendiendo a la estabilidad política de los diferentes regímenes. Repasa los estrechos lazos históricos, étnicos, lingüísticos y culturales de Afganistán con otros países del entorno, fuente de la diversidad política, étnica, religiosa y cultural que lo caracteriza. Esta diversidad no está exenta de rivalidades –propias o atizadas externamente-, que se encuentran en la base de las tensas relaciones con unos u otros países cercanos.

La vecindad en la que se ubica Afganistán, ya de por sí compleja, ha vivido a su vez profundos cambios en las últimas seis décadas. Entre otros acontecimientos figuran la desaparición del Imperio británico y su transformación en dos Estados -India y Pakistán-, la revolución maoísta en China, la caída del Sha y el ascenso del régimen de los ayatolas en Irán, así como el colapso y desaparición de la Unión Soviética y el nacimiento en las nuevas repúblicas centroasiáticas.

La importancia de los países circundantes en los acontecimiento de Afganistán se hace patente desde diversos criterios. Si repasamos su historia, la propia creación del actual Afganistán como “estado tapón”, colchón de las rivalidades entre el Imperio ruso y el Imperio británico a mediados del siglo XIX resalta la influencia de potencias externas en el devenir del pueblo afgano. Shayeq Qassem ahonda en las consecuencias de la competencia entre los dos imperios y sus posteriores herederos, cuyos ecos llegan hasta hoy.

La situación geográfica del país -ubicado en el corazón de Asia y sin acceso al mar, y lugar de paso de los sucesivos conquistadores durante milenios- aporta también razones para la relevancia de los vecinos en la evolución del país.

Aunque parte de hechos históricos conocidos, Shayeq Qassem aporta una nueva mirada desde los criterios de estabilidad-inestabilidad y de la relevancia de los actores regionales que ofrecen claves importantes para interpretar el

actual contexto de la región. Tanto este libro como el de Ahmed Rashid coinciden en destacar el peso de Pakistán en la evolución política de Afganistán. Conviene tener presente al leer *Afghanistan's Political Stability* que el autor, como afgano con una identidad específica, deja entrever cierta parcialidad y su propia ubicación en el arco etno-político afgano. Ello se vislumbara al presentar el papel de Pakistán y la “cuestión pastún”, o al presentar a los usualmente denominados *señores de la guerra* de los grupos del norte como “líderes autóctonos afganos”. Por la misma razón, el libro tiene el valor de un análisis sobre la estabilidad política de Afganistán desde el punto de vista de un académico autóctono.

En *Descenso al caos* Ahmed Rashid, aclamado autor del libro “Los taliban” (Barcelona: Península, 2001), vuelve a utilizar su meticulosa investigación y estilo directo para repasar detalladamente los errores de la administración *neoon* de EE UU en el Sur de Asia entre 2001 y 2008, sus paradójicas decisiones y su improvisación, que han agudizado la actual situación de caos tanto en Afganistán como en Pakistán a la que alude el autor en el título.

A través de su extenso conocimiento de la zona y entrevistas con altos cargos protagonistas de los hechos, Rashid nos presenta el revés de una trama no siempre visible al observador foráneo. Examina los acontecimientos sin omitir trapos sucios o puntos oscuros para ilustrar las devastadoras consecuencias de las estrategias que se adoptaron. Una de ellas fue la reticencia de EE UU a implicarse en un verdadero plan de reconstrucción política, económica y social para Afganistán, mientras que daba apoyo a los *señores de la guerra* que socavaban el mismo gobierno que se pretendía apuntalar. A pesar de las declaraciones oficiales de los países e instituciones involucradas, el compromiso con Afganistán –civil o militar– ha sido muy tibio; incluso el esfuerzo de EE UU fue débil si se compara con el posterior despliegue en Irak, que rápidamente acaparó la atención y absorbió la mayor parte de los recursos destinados por el gobierno Bush a la “guerra contra el terrorismo”.

A los argumentos de Rashid sobre los errores cometidos podrían añadirse algunos otros, si cabe más fundamentales, como el hecho de enfocar como una guerra un problema de terrorismo internacional, que debía haberse abordado con instrumentos policiales y de inteligencia. O cómo se dio prioridad a la estrategia militar frente a la civil en un país que lo que necesitaba más desesperadamente era apuntalar la seguridad humana de la población.

Estas políticas no apuntan a un verdadero compromiso de estabilizar un país -ni aun en la lógica de Washington-; casi sugiere lo contrario: el deseo mantener un cierto caos. Así lo apoyan los argumentos que propone el profesor británico Mark Harold, que sostiene que el verdadero objetivo ha sido crear en Afganistán un “espacio vacío” para lograr mejor los fines de EE UU de presencia en la región (*Afganistán como un espacio vacío*, Ed. Foca, 2007).

Si las consecuencias de estas políticas han sido desastrosas para Afganistán, no lo han sido menos para Pakistán. Rashid desvela las piezas de este puzzle, poniendo de manifiesto una estrategia llena de agujeros, donde el principal aliado local de EE UU, Pakistán, mantuvo un doble juego apoyando la “guerra contra el terrorismo” –que le reportó más de 10.000 millones de dólares de ayuda, principalmente militar– al tiempo que hacía la vista gorda sobre las idas y venidas de la cúpula talibán asentada en Qetta, Pakistán. Con esta estrategia, el gobierno militar del general Musharraf buscaba guardarse un as en la manga: dado que estaba convencido de que EE UU y sus aliados de la OTAN no aguantarían mucho tiempo en Afganistán, cuando se marchasen Pakistán tendría la ocasión de restablecer un gobierno amigo en Kabul. La “guerra contra el terrorismo” también dio al gobierno de Musharraf la excusa para recortar los derechos civiles y reprimir a sus opositores, ya fueran proindependentistas baluches o sociedad civil prodemocrática.

Ahmed Rashid corrobora la centralidad de Pakistán en el destino político de Afganistán, como propone Shayeq Qassem, aunque lo pre-

sesta desde un ángulo diferente. En *Descenso al caos* vemos la cara amarga de la estrategia que Pakistán ha desarrollado desde los años ochenta y cómo el presunto villano ha resultado también víctima de sus propias estratagemas: su apoyo a los grupos extremistas islámicos y su utilización de grupos terroristas en Cachemira y en Afganistán como instrumento para alcanzar sus intereses nacionales se ha vuelto finalmente en contra del país, asolándolo con actos de terrorismo casi diarios y magnificidios como el de Benazir Bhutto. El “Frankenstein” terrorista se volvió finalmente contra sus mentores y se ha enquistado en el propio Pakistán, en las Zonas Tribales bajo Administración Federal (FATA, por su sigla en inglés), donde ha eliminado a numerosos líderes tribales, mulás y civiles alejados de posiciones extremistas. Además, el sistema político de Pakistán se ha convertido en rehén del aparato militar y de seguridad, como ilustra detalladamente Rashid, alejando las aspiraciones de democracia.

Si el libro de Shayeq Qassem nos presenta la escena, con sus condicionantes históricos y estructurales, Rashid perfila el desenlace de esta trama aún sin finalizar, pero que presenta bastantes signos alarmantes. *Descenso al caos* finaliza su análisis en 2008 con una nota de esperanza respecto a las posibilidades de la administración de Barack Obama en EE UU de cambiar el rumbo de la estrategia. Hoy, más de un año después de la toma de posesión de Obama, sabemos que la política ha variado, sí, pero para intensificar la presencia militar estadounidense en Afganistán, mientras se perfila ya una negociación con los comandantes talibán y de la insurgencia en términos muy preocupantes, aumentando así aún más la esquizofrenia entre guerra y reconciliación.

Nuria del Viso

Responsable del Área de Paz de CIP-Ecosocial

CONVERSACIONES CON EDWARD SAID

Tariq Ali

Alianza, Madrid, 2010

132 páginas

Un duelo de gigantes. Así podría definirse el contenido de este libro, donde dos amigos que figuran entre los más relevantes intelectuales del siglo XX y de este en el que vivimos; dos voces transgresoras y disidentes, conversan sobre historia, política, música, literatura y, en definitiva, sobre la vida. Edward Said, el más grande cronista del pueblo palestino, evoca en estos diálogos su vida, su implicación en la causa palestina, pero también su pasión por la literatura y la música, o su convicción de que se ha erigido un muro artificial entre la cultura y la política que es necesario derribar. Cuando esta conversación tuvo lugar, hacía tres años que a Said se le había diagnosticado leucemia, una enfermedad contra la que luchó durante más de diez años hasta su fallecimiento en el año 2003.

Los diálogos reproducidos en este libro fueron filmados en 1994, en el apartamento de Edward Said en Riverside Drive (Nueva York). Las sesiones se editaron para convertirse en el documental *Una conversación con Edward Said*, producido por Bandung Films para el canal británico Channel 4. Años más tarde, alguien pidió a Tariq Ali que localizase el material sin editar, para poder disfrutar de la riqueza de los diálogos íntegros. Esta es la transcripción de aquellas conversaciones, prácticamente literal, con poca edición para que la conversación y su ritmo fluyan de forma natural. El resultado es un libro fascinante a dos voces lleno de sentimientos y complicidades.

No podía ser de otra forma. Por un lado, Tariq Ali, escritor y cineasta anglo-paquistaní, intelectual comprometido, autor de ensayos políticos e históricos, obras de teatro, novelas y guiones cinematográficos, miembro del consejo editorial de Verso y *New Left Review*. Por otro, y

como protagonista del diálogo, Edward Said, uno de los intelectuales palestinos más importantes del siglo XX, profesor de Columbia, autor de obras de referencia como *Orientalismo*, *Cultura e imperialismo*, o *La cuestión de Palestina*, y miembro del Consejo Nacional Palestino hasta 1991. Ambos, nacidos en culturas de Oriente pero afincados en Occidente; ambos con un firme compromiso político, simpatizantes de la izquierda, y feroces defensores del derecho y el deber del intelectual de ser crítico frente a cualquier ortodoxia.

En el inicio del volumen Said desgrana la historia de su vida, íntimamente entrelazada y a la vez lejana de la de Oriente Medio. Nacido en Jerusalén en el seno de una familia cristiana árabe adinerada, todos se ven obligados a trasladarse a Egipto en 1948. Su infancia transcurrió bajo la doble disciplina estricta de su padre y de los colegios británicos donde estudiaba. Llegada la adolescencia fue enviado a EE UU, a un colegio de Nueva Inglaterra que califica de puritano e hipócrita. La ruptura y el desarraigo afloraron en una situación totalmente nueva y desconcertante. Pese a los costes internos, su adaptación fue exitosa y del internado pasó a licenciarse en Princeton y doctorarse en Harvard, para terminar como profesor de Literatura Comparada en Columbia.

Su vida plácida como profesor en Columbia se rompió con la guerra de 1967 y la humillante derrota de las tropas árabes frente a Israel. Esto cambió su vida. *“En ese momento estaba en Nueva York y me dejó totalmente devastado. El mundo, como yo lo entendía y conocía, había acabado por completo en ese momento. Y fue poco después cuando comencé, por primera vez –ya llevaba viviendo en Estados Unidos quince o dieciséis años- a establecer contacto con otros árabes”*.

A partir de entonces Said se implicó a fondo con el movimiento de resistencia. Se convirtió en el intelectual palestino de referencia en Occidente, una voz lúcida, siempre crítica, inagotable. Entre muchas otras cosas, ayudó a escribir el histórico discurso que pronunció

Yaser Arafat ante la ONU en 1984. Aquel en el que afirmó que cualquiera que lucha por una causa justa y por la libertad y liberación de su tierra frente a invasores, colonos y colonialistas, no puede ser llamado terrorista. El propio Said había de ser calificado de terrorista en los años siguientes.

Aunque defendió la causa palestina de forma incansable hasta su muerte, no sucedió lo mismo con su liderazgo, al que criticó de forma ácida y feroz especialmente a partir de los acuerdos de Oslo. Esto le brindó nuevos enemigos, aunque paradójicamente no aquellos que siempre le habían llamado terrorista y ahora tenían a Isaac Rabin por un traidor, sino la gente de la que había sido más cercano. *“La comunidad liberal, la que sentía ligeramente lo que estaba pasando, la que estaba ligeramente horrorizada con la ocupación, ahora estos son los que están tremendamente decepcionados conmigo y dicen que soy un enemigo de la paz, que en realidad soy un fundamentalista islámico, que me opongo desde el extremismo, que lo rechazo todo”*.

En realidad, Said creía que la cúpula palestina había perdido la visión política y estratégica al aceptar, a cambio de casi nada, un acuerdo tremendamente desventajoso que nunca permitiría emerger una Palestina libre e independiente. Un liderazgo, dice, que negociaba en nombre de un pueblo y un territorio que, tras tantos años de exilio, apenas conocían. Al aceptar un acuerdo que dejaba todas las cuestiones importantes (la ocupación, los asentamientos, los refugiados y el estatus de Jerusalén) abiertas, y por tanto en manos de la potencia más fuerte, Israel, pensó que habían aceptado la muerte de facto de Palestina.

A pesar de esta ruptura, nunca dejó de defender los derechos palestinos. Y pese a ella, tampoco oculta su fascinación por la personalidad de Arafat. *“Me impresionaron su inteligencia, su rapidez, su memoria, su fantástico atractivo (...). Podía interactuar, mantener siete conversaciones a la vez, hacer veinte cosas distintas –hablar, comer, contestar al teléfono, escri-*

bir, ver la televisión, todo al mismo tiempo (...). A diferencia de la mayoría de los líderes árabes, él era accesible". Aunque su relación fue compleja, y Arafat siempre vio y clasificó a Said como un estadounidense, y a pesar de las críticas que luego vendrían, esa fascinación parece haber sobrevivido al paso del tiempo. Arafat, asegura, era diferente a los líderes árabes en una cuestión fundamental: siempre escuchaba, y además parecía entender.

Said y Ali abordan también el impacto y la polémica que siguieron a la publicación de *Orientalismo*, el primer gran ensayo de Said sobre el eurocentrismo cultural. Un producto, como él mismo dice, de su renacida conciencia árabe, y de su convencimiento de que no hay distancia ni separación entre la literatura y la política. *"Comencé a leer, metódicamente, lo que se había escrito acerca de Oriente Próximo. Aquello no se correspondía con mi experiencia. A principios de la década de los setenta comencé a darme cuenta de que las distorsiones y las falsificaciones eran sistemáticas, parte de un sistema de pensamiento más amplio y endémico en toda la empresa occidental de las relaciones con el mundo árabe".*

Said analizó algunas obras clave del canon estético occidental desde un punto de vista político. En sus propias palabras, trataba de socavar los presupuestos más fundamentales de Occidente con respecto al Oriente árabe, el "discurso" sobre Oriente, construido en Francia y el Reino Unido en los dos siglos posteriores a la invasión napoleónica de Egipto, y que se convirtió en instrumento de la dominación cultural y política occidental. Said se centró en de-construir sus bases: la distorsión, la exotización, la vulgarización, en realidad suposiciones imperialistas presentadas como una verdad universal en beneficio del predominio occidental. El libro tuvo resonancia mundial y amplio respaldo académico. Con los años se ha convertido en un clásico, aunque también le procuró a Said críticas feroces.

Tanto en la literatura como en la política Said mantuvo una postura ética que le convirtió

en eterno portador de la etiqueta de incómodo y le granjeó respeto y reconocimiento, pero también abundantes y diversos enemigos. Cosmopolita y desarraigado, era un ciudadano de todas partes y de ninguna, algo en lo que quizá coincide con Tariq Ali. Nueva York era, como confiesa en este libro, el lugar ideal para él. El lugar donde cualquiera puede ser anónimo porque nadie se puede sentir como en casa. *"Nueva York es una especie de ciudad de exilio. Sin raíces".*

Fiel a su identidad y aunque envuelto en una lucha atroz contra la enfermedad, nunca renunció a su derecho a la divergencia. *"Siempre hay una oportunidad, sin importar que uno se sienta contra la pared sin ninguna alternativa excepto someterse; siempre hay una oportunidad de hacer otra cosa. Siempre hay una oportunidad para formular una alternativa, y no sólo quedarse callado o capitular. Creo que para mí es el precepto social más importante, y en cierto sentido rige el modo en el que yo entiendo la política".*

Said y Ali abordan otras cuestiones como el colapso de la izquierda árabe y el ascenso del fundamentalismo religioso, o la falta de credibilidad de muchos regímenes árabes contemporáneos. Pero este libro también ilumina otras facetas de Said menos conocidas pero igualmente fascinantes, como su profundo conocimiento y devoción por la música (de Chopin a Glenn Gould, de Messiaen a Boulez, a los que analiza como músico experto y como crítico musical) y la literatura (Conrad, Camus, Kipling...). Guiado por la mano lúcida y cómplice de Tariq Ali, este volumen de conversaciones nos adentra en los pensamientos de dos de los intelectuales más relevantes de nuestros días. Un auténtico lujo, en poco más de cien páginas.

Mabel González Bustelo

Periodista y analista de política internacional